El amor es un préstamo. Dejemos de especular acerca de si se trata o no de una enfermedad, o si merece la pena. Es la promesa disfrazada de vitalicia que dos amantes realizan ignorando su tiempo de vigencia, su carácter punzante, en extremo impactante. El amor marca más que cualquier hierro hirviendo.

Es un préstamo, una entrega de todo lo que se tiene que se realiza gradualmente, pues somos cegados por el brillo de aquel al que amamos; un intercambio de felicidad, sensación, compañía e ilusión indescriptibles a cambio de uno mismo. Es el regalo de uno mismo a quien solo deseamos hacerle el bien. Es ese salto al vacío. Un inmenso riesgo que uno toma a cambio de una mirada de esos ojos que tan solo él diviniza, siendo esta mirada primero una ilusión futura, más tarde una realidad breve, y que pasa a ser un eterno recuerdo que la mente manejará según la situación del enamorado. Puede ser un instrumento de tortura tras la pérdida de ese tesoro que se cree haber encontrado en un ser humano, razón de inimaginables virtudes, u objeto de la indiferencia de aquel que una vez sintió un gran amor.

Este sentimiento es por sí solo extremadamente bello, pero cuando invade y se adueña de una mente humana, ni enferma ni sana, madura o desequilibrada, provoca innumerables virtudes y torturas que merece, indudablemente, la pena analizar.

Para analizar los efectos del amor a cualquier nivel, es necesario primero conocer las afecciones de nuestra mente y algunos eventos de los que todos, antes o después, somos sujetos. Primero trataré lo que llamo la banalización de lo positivo.

Este fenómeno es extremadamente común y es, fuera de sofismos, la facilidad de acostumbrarnos a lo bueno. Es muy probable que este aspecto tenga principios biológicos, pues, asimismo, podemos también familiarizarnos velozmente con lo que nos daña.

Podríamos pensar que el amor es sensible a la costumbre en ambos aspectos, pero, sinceramente, creo que, en el amor, el dolor es una inversión para la mejora de la comunicación interpersonal y en pos de la felicidad mutua. En relaciones largas y correspondidas, en ese matrimonio que demuestra todo en su estabilidad emocional y lo transmite a su familia y amigos. En resumen, aquellos que se enamoran todos los días, los receptores de lo que podríamos llamar amor y no obsesión, y no enamoramiento y no atracción, rara o nula vez sufren de un dolor proveniente de este mismo sentimiento que sea constante y que dé tiempo suficiente a acostumbrarse, pues este dolor es provocado por errores, errores necesarios para el progreso. Por tanto, si hablamos de ello, es incorrecto decir que nos acostumbramos a "sufrir por amor" durante una relación. Lo que sí ocurre, y es también presente en otros aspectos y probablemente el villano de la sociedad desde hace miles de años, es la aparición de

la apatía tras disfrutar de lo bueno durante un corto periodo de tiempo. Esa carencia de sentir que no aparece por nada en concreto, sino por ser feliz durante demasiado tiempo. Somos, lamentablemente, incompatibles con la estabilidad y la felicidad prolongada. En parte, esta es también razón de avance y desestancamiento, pero destructora en el amor. Pues esa persona continúa siendo el lucero del alba que fue, y puede incluso haber mejorado con creces en lo concerniente a ambos. A lo que voy es que, cuando el amor es solo cosa de la razón, cuando el pensamiento sabe que esa persona es la indicada, pero el instinto ya la ha dado por perdida hace tiempo, no se siente ya la novedad, la excitación cuando se cierra cada plan, cuando verla supone un obstáculo (que se va haciendo más grande con el paso del tiempo). Es doloroso cuando es mutuo, pero desgarrador cuando no es correspondido.

Banalizar lo bueno y dejar de figurarnos la gran ventaja que es la compañía de esa persona simplemente por nuestra condición humana es un gran rivalizador para la intensidad del amor. Por supuesto, habrá quien me escuche y piense: "El amor real no pierde intensidad". Honestamente, creo que se transforma. El amor comienza produciéndose debido a una reacción biológica, en pos de la reproducción, pero se mantiene por una reacción racional de conocimiento de conveniencia y compañía que el otro puede aportarte. En este tiempo, postexcitación inicial, se filtran aquellos capaces de soportar la estabilidad del amor "real", y los otros que simplemente no lo vivieron tan intensamente. Y, en una afirmación un tanto osada, diré que el amor posee un carácter más racional, más sobrio que biológico u obsesivo. El amor real surge únicamente cuando eres tú el que decide voluntariamente, ya fuera de las ataduras del instinto o la atracción inicial, continuar en compañía de esa persona. En este momento surge una bifurcación, y es que es posible que, como antes he explicado, la razón no siga los mismos derroteros que la sensación, y entonces, o bien tu cuerpo y tu mente no son sinónimos y la apatía termina por corromper el amor que estaba por nacer, o, en cambio, si se halla tu estado interior en sintonía hacia ese amado, es cuando nace eso a lo que la gente llama amor "real". Independiente de las ataduras del enamoramiento, pero con presencia también del impulso, que sigue a la razón en el deseo de continuar. Ahí nace eso que llamamos amor.

Dadas las difíciles pruebas que debemos pasar para alcanzarlo y mantenerlo, es probable que encontrar un diamante tirado en el suelo de la calle sea más fácil. Aun así, todos conocemos a alguien que lo ha encontrado, y nada habla mejor del indomable espíritu humano, que necesita y consigue finalmente superar cada dificultad para conseguir el que es, en mi opinión, el premio más grande de todos. Dada esta situación, me resultan curiosos aquellos que dicen "no estar hechos para el amor". No es de extrañar en un mundo en el que se rehúye la dificultad, pero estamos obsesionados con ser grandes. Cada reto es una huida, y solo se acepta lo que se nos

da bien, creyendo que las relaciones interpersonales son un reto invulnerable, creencia que se da por una fe en uno mismo de la que la sociedad no puede presumir.

Bien, pero entonces, ¿por qué es el amor un préstamo? Además de entregarse a uno mismo, de ser moldeado, de realizar cesiones que antes hubieran sido impensables, se entrega la ignorancia del dolor futuro a cambio del tiempo en que el amor ocurre. Digo que se entrega la ignorancia porque, al iniciar cualquier conexión, somos conscientes de que terminará y de que, cuando termine, la ausencia de esa persona, su olor, los lugares comunes, el haberla hecho partícipe de todo en nuestra vida, termina por quemarnos por dentro. Porque o termina, o morís juntos, y nadie piensa en morir juntos cuando empieza a conectar con alguien. Esto ocurre en todos los tipos de amor: el fraternal, el familiar, el que se siente hacia una mascota... Elegimos la vida, el caos del amor, antes que la sobriedad, la falta de cariño.

Como en otros vídeos he referido, usualmente repudiamos la vida, nos evadimos y hacemos este mundo secundario e insuficiente. El amor es ese cuento, ese videojuego, ese Skyrim, ese Star Wars. Nos hace sentir la novedad, la inmersión; casi abandonamos este mundo en los ojos del ser al que se ama. Por ello, me resulta dolorosa, de nuevo, esta evasión, pues en este mundo y en el caos de la vida se hallan muchas más virtudes, muchos más dragones y mazmorras que en la ficción, pero no estamos dispuestos a lidiar con el dolor que conllevan. Todo lo bueno, lo fantástico, lleva intrínseco un dolor del que no podemos librarnos: el dolor de su pérdida. Si este dolor lo ignoramos y decidimos, en un acto de gran valentía, seguir adelante, ¿por qué rechazamos todos los demás retos? El amor es la cura al mal de hoy. A esta sociedad derruida, yonqui de la dopamina y de lo sencillo. Es también la cura a la idealización que nos hace desrealizar el mundo, pues el amor nos enseña a dejar de idealizar, a ver el mundo real a la fuerza.